

Era exactamente el tipo de residencia que había estado cuidando durante semanas, porque estaba en esa condición de la mente cuando la renuncia absoluta de la sociedad era una necesidad. Me había vuelto desconfiado de mí mismo, y cansado de mi especie, un malestar extraño en mi sangre, como una escasez estéril en mi cerebro. Los objetos familiares y las caras habían crecido desagradable para mí. Quería estar solo.

Este es el estado de ánimo que viene nos hemos sobrecargado de ocupaciones. Entonces se impone salir en búsqueda de nuevos pastos. La señal de que la retirada se convierte en algo necesario. Si no ceden, se descomponen y vuelven caprichosos e hipocondríacos, así como hipercríticos. Antes de llegar a esto, armé a toda prisa las maletas, tomé el tren a Westmorland, y comencé mi vagabundo en busca de la soledad y un ambiente romántico.

Encontré muchos lugares que, al comienzo del verano errante, parecían reunir las condiciones adecuadas, sin embargo, algunos pequeños inconveniente me impidieron decidirme. A veces era el paisaje lo que no veía con buenos ojos a. En otros, la gente. Finalmente, el destino me condujo a la Casa en el Moro, y nadie puede resistirse a su destino. Un día me encontré en un páramo sin caminos y cerca de la costa. Me había dormido la noche anterior en una pequeña aldea, pero eso fue ocho millas atrás, ahora estaba fuera de cualquier signo de la humanidad, con un cielo justo encima de mí y el viento cálido que sopla sobre las piedras y túmulos.

Hasta dónde se extendía el páramo, no lo sabía. Apenas tenía conocimiento que al caminar en línea recta llegaría a los acantilados del océano, y, tal vez, después de un tiempo a algún pueblo de pescadores. Era joven y no temía una noche bajo las estrellas. De modo que inhalé el aire estival, delicioso, y pronto recuperé el vigor y la felicidad que había perdido. Las horas se deslizaron junto a mí. Recorrí unas quince millas desde la mañana, cuando vi a lo lejos una casa de piedra, solitaria.

—Voy a acampar allí si es posible —me dije.

Para alguien que busca una vida tranquila nada pudo ser más adecuado que esta casa de campo. Se encontraba en el borde de los acantilados elevados, con su puerta de entrada hacia el páramo y su pared trasera con vista al mar. El sonido de las olas bailando golpeó mis oídos como una canción de cuna. Pronto, atronó el cielo y los vientos se encendieron y las aves marinas huyeron gritando a sus refugios. La casa tenía un pequeño jardín al frente, rodeado por un muro de roca, lo bastante alto como para que uno descanse perezosamente en caso de una tormenta. Este jardín era como

una llama escarlata, con los suaves matices de las amapolas en plena floración. Mientras me acercaba, advirtiéndome la singular variedad de amapolas y la limpieza ordenada de las ventanas, la puerta principal se abrió y apareció una mujer que me ha impresionado favorablemente a medida que se acercaba para darme la bienvenida.

Era de mediana edad, y de joven seguramente fue muy hermosa. Era alta y bien formada, con una clara piel suave, facciones regulares y una expresión de calma que me transmitió una enorme paz. A mis preguntas respondió que me podía dar un dormitorio, y me invitó a ver el interior. Mientras admiraba su pelo negro y liso, sus ojos marrones y fríos, sentí que no iba a ser muy exquisito en mi valoración del alojamiento. Con una casera así, estaba seguro de encontrar lo que buscaba.

Las habitaciones superaron mis expectativas: delicadas cortinas blancas y ropa de cama perfumada con lavanda, una sala de estar familiar acogedora y vacía. Ella era una viuda con una hija, a quien no ví durante el primer día, debido a que estaba enferma y confinada a su cuarto, pero al día siguiente, ya recuperada, la conocí. La tarifa era simple, sin embargo, me convenía exactamente también por otras razones, deliciosa leche y mantequilla casera, huevos de campo y tocino fresco, después de un té delicioso me fui a la cama en un estado de perfecta felicidad.

Sin embargo, feliz y cansado como estaba, no tendría una noche confortable. Esto lo atribuí a mi extraña cama. Dormí, sin dudas, pero mi descanso estuvo lleno de sueños inquietantes, y me desperté tarde con la sensación de no haber dormido. No obstante, una buena caminata por el páramo me devolvió el ánimo, y volví con un buen apetito para el desayuno. Ciertas condiciones de la mente, con circunstancias agravantes, se requieren antes incluso de que un hombre joven pueda caer en el amor a primera vista, como Shakespeare ha demostrado en su Romeo y Julieta. En la ciudad, ninguna dama me había impresionado, sin embargo, pronto sucumbí ante los raros encantos de la hija de mi anfitriona, Ariadna Brunnell.

Ella se sentía un poco mejor aquella mañana. Ariadna no era bella en el sentido estrictamente clásico, su tez era demasiado lívida pero su expresión era bastante agradable a primera vista, sin embargo, como su madre me había informado, había estado enferma desde hacía algún tiempo, lo que agudizaba sus defectos. Sus facciones no eran regulares, sus cabellos y los ojos parecían demasiado negros, y sus labios eran rojos como la sangre. Quizás fueron mis sueños iantásticos de la noche anterior, seguidos de un paseo matutino, los que me habían preparado a ser cautivado por esta curiosa belleza.

La soledad del páramo, con el canto del mar, se había apoderado de mi corazón con un anhelo nostálgico. La incongruencia de las evanescentes flores de amapola y su ostentación, corriendo los tintes vertiginoso en la cara de esa salud sobria, me tocó con un escalofrío. Ella se levantó de su silla mientras su madre la presentó, y sonrió mientras me tendió la mano. Palpé ese copo de nieve blanda y, mientras lo hacía, un

estremecimiento leve temblor cosquilleó sobre mí y se arremolinó en mi corazón, silenciando sus latidos por un momento. Este contacto también parecía haberla afectado, ya que una llama blanca iluminó su rostro, de modo que brillaba como una lámpara de alabastro. Sus ojos negros se encendieron en negros delicados y húmedos cuando nuestras miradas se cruzaron, y sus labios escarlata se suavizaron. Ahora era una mujer viva, mientras que antes parecía la imagen de un cadáver.

Permitió que su mano delgada permanezca entre las mías, y luego la retiró lentamente. Sus ojos eran aterciopelados e insondables, y antes de ser retirados de los míos parecían haber absorbido toda mi fuerza de voluntad. Esa mirada me hizo su esclavo abyecto. Verla era como contemplar una profunda oscuridad. Me llenó de fuego y me privó de fuerza, y yo me hundí en ella casi tan lánguidamente como me había levantado de mi cama esa mañana. Cuando volcó su mirada hacia otra parte, un ligero brillo asomó a sus mejillas, antes níveas. Hasta parecía más joven, incluso más hermosa.

Yo había llegado en busca de soledad, pero al conocerla creía que estaba allí sólo por Ariadna. Ella no estaba muy animada y, de hecho, pensando en volver, no puedo recordar ninguna observación espontánea suya. Respondió a mis preguntas con monosílabos. Era insinuante en su silencio y parecía llevar mis pensamientos constantemente hacia ella. Sólo se que apenas con verla, con tocarla, me había embrujado, y ya no podía pensar en otra cosa.

Sus palabras eran rápidas, elusiva, devoraban mi entusiasmo. Orbité sobre ella todo el día, como un perro, y por las noches soñaba con ese rostro resplandeciente, blanco, esos firmes ojos negros, aquellos labios escarlata, húmedos, y cada mañana me levantaba más lánguido de lo que me había sentido el día anterior. A veces soñaba que me besaba, estremeciéndome al contacto de su sedosa cabellera negra que cubría mi garganta, otras, que estábamos flotando en el aire, con sus brazos alrededor de mí y su pelo largo envolviéndome como una nube de tinta, mientras yo yacía indefenso.

Ella me acompañó al páramo después del desayuno. Antes de regresar le hablé de mi amor y lo aprobó. La sostuve en mis brazos y la besé. No me extrañó que todo sucediese tan rápido. Ella era la mía o, más bien, yo era de ella. Balbucé que era el destino quien me había enviado, porque no tenía dudas de que mi amor era sincero. Ella simplemente dijo que la había devuelto a la vida. Actuando conforme al deseo de Ariadna, no informamos a su madre de lo rápido que las cosas habían progresado entre nosotros, sin embargo, no tenía duda de que la señora Brunnell podía ver lo aborto que estaba en su hija.

Los amantes no se diferencian de las avestruces en sus modos de ocultación. Yo no tenía miedo de pedir la mano de Ariadna, la señora Brunnell ya había demostrado su parcialidad hacia mí, y había depositado en mí algunas confidencias sobre su propia posición en la vida, y yo sabía que, por lo tanto, que ninguna diferencia social podía

objetar nuestro matrimonio. Ellas vivían en este lugar solitario por la salud de Ariadna. Mi llegada no pudo haber sido más oportuna.

En aras del decoro, sin embargo, decidí retrasar mi confesión durante una semana o dos, aguardando la ocasión propicia para hacerlo discretamente. Mientras tanto, Ariadna y yo pasamos nuestro tiempo en el ocio. Cada noche me retiré a la cama meditando empezar a trabajar al día siguiente, y cada mañana me levanté lánguido de los sueños perturbadores, sin pensar en nada fuera de mi amor. Ella se fortaleció cada día, mientras que yo parecía estar tomando su lugar como el enfermo de la casa.

Nunca nos alejamos demasiado en nuestras caminatas. Nos echábamos en el páramo a escuchar las olas distantes. El amor me hizo perezoso, pensé, porque a menos que un hombre no tenga todo lo que anhela a su lado, tiende a copiar los hábitos del gato doméstico. Pero mi desilusión fue rápida, a pesar de que pasó mucho tiempo antes de que el veneno salió de mi sangre.

Una noche, alrededor de un par de semanas después de mi llegada a la casa, había regresado después de un paseo delicioso luz de la luna con Ariadna. La noche era cálida y la luna estaba alta, por lo tanto abrí la ventana de la habitación para se renueve el poco aire que había. Estaba más agotado que de costumbre. Sólo tenía la fuerza suficiente para quitarme las botas y el abrigo antes de derrumbarme en el lecho. Tuve un sueño horrible esta noche. Me pareció ver un murciélago monstruoso, con el rostro y cabellos de Ariadna, y un batir de alas en la ventana abierta, algo con sus sus dientes blancos y labios escarlata acercándose. Traté de superar el horror pero no podía, de hecho, parecía encadenarme. Y la bestia, sedándose con el deleite del sueño, bebió mi sangre en un rapto lujurioso y abominable.

Miré y vi en sueños una línea de cadáveres de hombres jóvenes en el suelo, cada uno con una marca roja en sus brazos, en la misma zona donde el vampiro me mordía, justo donde una marca había surgido en los últimos quince días. En un instante comprendí la razón de mi extraña debilidad, y en el mismo momento un pinchazo repentino de dolor me despertó de mi placer de ensueño.

En su arranque de sed, el vampiro me había mordido profundamente esa noche, sin saber que yo no había probado mi copa, evidentemente narcotizada. Al despertarme vi, plenamente revelada por la luna de medianoche, una cabellera negra fluyendo libremente, y unos labios rojos incrustados en mi brazo.

Con un grito de horror la arranqué de mi piel, consiguiendo una última mirada de los ojos de su salvaje y brillante rostro blanco y sus labios manchados de sangre. Luego corrí hacia la noche, movido por el miedo y el odio. No me detuve hasta haber dejado muchas millas entre mi y esa casa maldita.